

POLÍTICA NATURAL Y POLÍTICA CATÓLICA

Joël Hautebert

1. Introducción

De manera regular, cuando la situación política suscita inquietudes graves, resurgen las mismas ideas como una serpiente de verano, vuelven los mismos debates al orden del día en el mundo católico, con algunos matices y variantes (1). Así, en el contexto contemporáneo marcado por la decadencia de las instituciones y de la cultura, se hace muy fuerte la tentación de conceder algún crédito a las tesis fi-deístas que promueven el abandono puro y simple de lo político, presentado sea como causa del mal sea como totalmente irrecuperable. Por otro lado, atizada por el auge de los populismos cuyos contornos conceptuales no pasan de una gran vaguedad (2), la tentación naturalista está igualmente muy presente. Dos defectos opuestos revelan las vacilaciones doctrinales actuales. La afirmación de un comunitarismo cristiano, por una parte, y la disolución de las exigencias espirituales en el campo político, por otra parte. En ambos casos el sentido exacto y mesurado de la mediación política como finalidad intermedia y necesaria del hombre, fundada sobre la naturaleza de las cosas, se ve afectada de manera perniciosa. Nuestro propósito acerca de los actuales debates relativos a esta problemática se apoya sobre dos publicaciones recientes, la primera del estadounidense Rod Dreher, traducida a diversas lenguas, la segunda del autor

(1) Este artículo retoma las grandes líneas de tres artículos publicados en la revista quincenal *L'Homme Nouveau* (núm. 1655, enero 2018; núm. 1661, abril 2018, y núm. 1663, mayo 2018).

(2) Ver Miguel Ayuso (dir.), *Pueblo y populismo. Los desafíos políticos contemporáneos*, Madrid, Itinerarios, 2017.

francés François Huguenin, así como sobre el 150º aniversario del nacimiento de Charles Maurras, pensador político de primera fila, cuya influencia se extendió más allá de las fronteras francesas.

2. La opción benedictina

Traducida al francés, al italiano, al español, al ruso, la obra del estadounidense Rod Dreher, con título provocador para los católicos (*La opción benedictina. Una estrategia para los cristianos en una sociedad postcristiana*) (3), aborda la cuestión del declive del Occidente cristiano desde un ángulo espiritual y ofrece pistas para hacerle frente. Hay que levantar acta de que a partir del momento en que el vivir bien, finalidad de la ciudad, desaparece bajo el rodillo apisonador de la modernidad secularizadora, la cual despliega cada día más lejos sus tentáculos destructores, el estado de la disociación incita a contemplar la simple supervivencia, única vía aparentemente accesible.

La dificultad sigue residiendo en la justa apreciación de una situación sin caer en el optimismo satisfecho o en la desesperanza, dos defectos que producen la misma inhibición en el terreno de la acción. La manera de concebir el fenómeno de desconstrucción, de presentar la extensión del mal que debe combatirse y de contemplar los medios para ponerle remedio no son nunca inoperantes sobre el vigor y la eficacia del combate. Añadamos a esto que medios de acción similares pero propuestos con perspectivas diferentes no tendrán los mismos efectos. Nuestro actuar depende en buena parte de la manera en que pensamos la acción, incluso de manera intuitiva.

A este respecto, la obra de Rod Dreher es buen ejemplo de los peligros que se corren si no se presta atención a los pormenores del análisis global del autor. En *La opción benedictina* se proponen numerosos medios de acción concretos

(3) Madrid, Ediciones Encuentro, 2018 (versión española); *Le pari bédictin, Comment être chrétien dans un monde qui ne l'est plus*, París, Terra Mare, 2017 (versión francesa).

con los cuales no podemos sino estar de acuerdo: creación de escuelas auténticamente cristianas y lugar central reconocido a la educación, rechazo del consumismo y de la secularización, recurso a la contemplación y ausencia de tibieza en la vida espiritual, revitalización de los vínculos comunitarios entre los cristianos en torno a iglesias, monasterios etc. En suma, todas ellas cosas excelentes e incluso de primera importancia hoy. Sin embargo, los lectores de la obra lo habrán sin duda advertido, el pensamiento del autor se inscribe en una perspectiva teológica que corre el riesgo de falsear lo bien fundado de los excelentes medios propuestos. En efecto, al hilo de las páginas, aparece claramente que el enraizamiento de lo espiritual en lo temporal, es decir la mediación del derecho natural (jamás evocado) y en consecuencia de lo político, está totalmente ausente en la obra. De este modo, si la referencia a la regla benedictina adaptada al laicado como modelo de vida es muy elogiabile, conviene no obstante recordar que ésta fue concebida para monjes, que se retiraban del mundo... Aunque deba protegerse, él mismo y a su familia, del espíritu del mundo, el seglar católico no tiene la misma vocación.

El campo político parece malo por naturaleza. Así, consciente de la contradicción cada vez más creciente entre las leyes civiles y la ley divina, el autor explica que «en los años por venir, probablemente nos hará falta elegir entre ser un buen estadounidense, un buen francés etc. y ser un buen cristiano» (4). Tal afirmación nos deja atónitos. Es difícil imaginar que se trate de una aproximación terminológica. Ahora bien, quien se somete a leyes inicuas y colabora en su aplicación no es ni un buen cristiano, puesto que pone su salvación en peligro, ni un buen ciudadano, puesto que no actúa con vistas al bien común. Buscaremos en vano, por otro lado, una mención cualquiera del bien común temporal en esta obra. Esta falta de toma en consideración de la mediación de lo político en la propagación de las prácticas virtuosas, vale decir el rechazo puro y simple del poder político como instrumento de combate contra la secularización,

(4) Rod DREHER, *Le pari ...*, pág. 137.

resulta igualmente de modo explícito del siguiente pasaje: «Ningún gobierno en el poder, por pro-cristiano que afirme ser, puede frenar la tendencia, que se remonta a muchos siglos, hacia la desacralización y la fragmentación. Esperarlo sería hacer de la política un falso ídolo» (5). ¿Se trata de una simple constatación de la extensión de la subversión cultural actual o de la afirmación del carácter profundamente poco importante de lo político en una perspectiva de caridad cristiana, contrariamente a lo que la Iglesia católica ha afirmado siempre? Nos inclinamos resueltamente por la segunda solución. A decir verdad, todo esto no tiene nada de asombroso en la medida en que se adivina fácilmente a través de las palabras del autor su afiliación, más o menos profunda, a las ideas teológico-políticas de la corriente anglosajona *radical orthodoxy*, que se caracteriza por el rechazo del orden natural y la negación subsiguiente del poder político.

En un contexto como el nuestro, marcado por nuestra incapacidad para tener peso sobre el poder, es tentador abandonar la acción política, por el motivo de que no es hoy algo «operativo». Con ello se olvida que la acción es siempre una tensión hacia alguna cosa, y que lo que es primero en el orden de los fines es a menudo lo último en el de la acción. El conocimiento justo del fin último de la acción, en este caso el restablecimiento de un orden político justo para el bien espiritual del mayor número de nuestros conciudadanos, determina la oportunidad de nuestros compromisos actuales. La expansión del cristianismo fue posible gracias al monaquismo ciertamente, pero igualmente gracias a la conversión de los jefes políticos y al sometimiento progresivo de las leyes civiles al derecho divino y natural. Al obstruir deliberadamente nuestra naturaleza política, la «supervivencia» comunitaria, totalmente falseada, da resueltamente la espalda al «vivir bien» de nuestros países que debemos reconstituir, conforme a nuestro deber de justicia, animado por la esperanza, virtud teologal que alimenta nuestra acción, y con ello se corre el riesgo de hundirnos en un comunitarismo fundamentalmente protestante.

(5) *Ibid.*, pág. 127.

3. La opción cristiana

Poco después de *Le pari bénédictin* (La opción benedictina) de Rod Dreher se publicó en Francia otra obra titulada *Le pari chrétien* (La opción cristiana) de François Huguenin. Sería ya interesante glosar el empleo repetido de la palabra «*pari*» (apuesta) que, si bien involuntario y resultante de una elección editorial francesa, revela cierta turbación, vacilaciones y oposiciones sobre las elecciones que conviene adoptar en nuestro tiempo, en el curso del cual nos interrogamos sobre la manera de «ser cristiano en un mundo que no lo es». Este título del capítulo III del libro de François Huguenin se corresponde casi palabra por palabra con el subtítulo de la traducción francesa de la obra de Dreher (6). Las dos obras tratan así claramente de una problemática similar. La comparación se detendrá aquí, en la medida en que la perspectiva del periodista estadounidense se diferencia de la de François Huguenin, enraizada en un corpus y debates intelectuales y políticos muy franceses, al señalar con el dedo este último autor a una oposición histórica entre progresistas y reaccionarios (o «conservadores») a la cual se trataría de poner término.

A fin de llegar a la proposición final, «transfigurar la política», el autor deconstruye a lo largo de la obra los principios clave que, sin embargo, fundamentan el compromiso político de los católicos en la Ciudad, con vistas al bien de las almas del conjunto de los miembros de la comunidad política. Cuando no se ponen explícitamente en cuestión, esos principios se vacían de su contenido. Ocurre así con la naturaleza política del hombre, recordada al comienzo de la obra, de la cual nos preguntamos qué queda al hilo de los desarrollos sobre la ley, sobre la relación entre los poderes temporal y espiritual o el principio de Cristo Rey.

Así podemos leer que «en el siglo XX, los católicos cayeron en la trampa de la noción de Cristo Rey» (7). Igualmente, «la nostalgia de una cristiandad fantaseada como orden

(6) Este subtítulo es sin embargo ligeramente diferente del título original en inglés, *A strategy for christians in a post-christian nation*.

(7) *Le pari chrétien*, París, Tallandier, 2018, pág. 187.

político ideal» (8) mantendría una ilusión y comprometería a los católicos en una vía sin salida. Una idea vuelve de manera recurrente en la obra: todo compromiso político destinado a mantener una adecuación entre las leyes civiles y la ley natural (raramente evocada puesto que se la reduce a las convicciones cristianas) (9) procedería de una *libido dominandi* por parte de los cristianos. La acción política así entendida deriva de una idolatría de lo político, análisis compartido, dicho sea de paso, por Rod Dreher. Según Huguenin, «hay que renunciar de una vez por todas a la idea idolátrica de una esperanza que consiste en la promesa de un mundo hecho a nuestra imagen y según nuestra voluntad» (10). Con mucha lógica, el combate de la *manif pour tous* no cuenta con la adhesión del autor. ¿Debemos considerar que todos quienes combaten hoy, en nombre de la justicia y de la antropología natural, contra la extensión de la PMA (reproducción asistida) o la legalización de la eutanasia son gente sedienta de dominación, deseosa de «imponer opciones normativas» (11) conformes a su visión religiosa del hombre?

La relación entre el orden político y el orden sobrenatural es objeto de una presentación muy curiosa. Luchar por que las instituciones y las leyes faciliten el ejercicio de la virtud, y produzcan así las mejores condiciones exteriores en provecho de la salvación de la multitud, constituiría una «falta de confianza en la acción salvífica de Cristo», una «voluntad de querer controlar lo que nos excede» (12). El autor no deja de decirnos que esas virtudes están contextualizadas, lo cual equivale a decir que no se apoyan sobre ninguna definición clara (¿influencia de MacIntyre?). Es sin ninguna duda una de las cimas de la obra. ¡A ese ritmo deberíamos felicitarnos por la multiplicación de las leyes transgresoras y el hundimiento generalizado de las instituciones! Para que la omnipotencia divina se exprese mejor,

(8) *Ibid.*, pág. 105.

(9) A este propósito se cita al teólogo metodista Stanley Hauerwas.

(10) *Ibid.*, pág. 191.

(11) *Ibid.*, pág. 182.

(12) *Ibid.*, pág. 193.

retirémonos del campo de batalla en lo político. Esta lógica es fundamentalmente protestante.

Puesto que todo está unido, en estas condiciones no es apenas sorprendente constatar que François Huguenin se felicita de la laicidad moderna, en una versión abierta, presentada como el «producto del cristianismo occidental y particularmente del catolicismo francés» (13). Apoya la democracia liberal que habría realizado lo que la Iglesia esperaba de las potestades políticas. Pero entonces, ¿qué hay que pensar de la acción de Constantino y del edicto de Tesalónica del emperador Teodosio que erigió el catolicismo como religión del Imperio? ¡Muchas cosas malas, por supuesto! Se evocan todas las grandes controversias teóricas de las últimas décadas: personalismo contra bien común, Cristo Rey contra laicidad, naturaleza y gracia etc. ... Y se resuelven todas ellas en el mismo sentido: atenuación del bien común nacional, ley natural hecha inoperante, defensa de la laicidad y exaltación de la acción salvífica de Dios sin las mediaciones temporales.

A fin de cuentas ¿en qué consiste la acción política propuesta? Sobre todo, no «buscar el poder, [no] entrar en una lógica de dominación». Se trata «de dejarse iluminar, de dejarse atravesar por la Palabra», la cual podrá «convertirse en testimonio, anuncio de la Buena Nueva (14)» (¡!¿?). Cuanto más prolijo es el autor en la deconstrucción de todo lo que fundamenta el compromiso político de los católicos, tanto más se evapora la exposición de lo que hay que hacer en consideraciones fideistas evanescentes. ¿No sería, para retomar las palabras del autor, una forma utópica de cristianismo desencarnado «fantaseado como orden político ideal»?

4. *Politique d'abord?*

En la historia nacional francesa ¿la célebre fórmula maurrassiana *politique d'abord* no constituye el arquetipo ideal diametralmente opuesto a los de Rod Dreher y François Huguenin? Es una buena razón para evocar hoy el

(13) *Ibid.*, ver págs. 30 y más abajo 43.

(14) *Ibid.*, pág. 199.

pensamiento de Charles Maurras, a la cual se añade la conmemoración escamoteada de los ciento cincuenta años (15) de su nacimiento. No se trata de explicar aquí el sentido exacto de la fórmula, ni siquiera de entrar en el meollo del pensamiento de Charles Maurras, sino de proseguir nuestra reflexión sobre la siempre delicada pero importante cuestión del compromiso político de los católicos. En esta perspectiva ¿cómo aprehender la influencia de un autor de la envergadura de Charles Maurras sobre el compromiso de los católicos? A pesar de su agnosticismo explícito y del positivismo que se impone en sus escritos, muchas veces se hizo, con valor y talento, defensor de la Iglesia. El combate intelectual que condujo contra las «tres R», la Reforma, la Revolución y el Romanticismo, confluye ampliamente con el pensamiento católico opuesto al modernismo. La condena del *Sillon* (movimiento demócrata-cristiano) por San Pío X dio la razón a Maurras que se había batido brillantemente contra Marc Sangnier (16). ¿Es exagerado decir que Maurras, cantor del «nacionalismo integral» francés, fue un defensor del universalismo católico? He aquí algunos extractos del prefacio de un libro, titulado *Le pape, la guerre et la paix*, que publicó en 1917, cuando Europa estaba en plena guerra:

«La razón aconsejaría a los diversos pueblos la alianza de la Sede (17) única en torno a la cual se hablan o comprenden todas las lenguas, y que dispone de un sistema de poderes, de sentimientos, que son los únicos capaces de conmover a las inteligencias, de fundir los corazones divididos. Ciertamente los batallones enemigos no se abrazarán en virtud de su simple comunidad de fe o de su voto de obediencia a las mismas

(15) En Francia cada año se organizan conmemoraciones por el Ministerio de Cultura, con ocasión de aniversarios de nacimiento o fallecimiento de hombres y mujeres que marcaron la historia nacional. En ese marco se organizan coloquios, conferencias, debates financiados por los poderes públicos. Aunque una conmemoración no sea una celebración, una campaña histórica de demonización llevó al Ministerio a retirar a Charles Maurras de la lista de personalidades objeto de una posible conmemoración en 2018.

(16) Ver en *La démocratie religieuse*, París, Nouvelles Éditions Latines, 2008, «Le dilemme de Marc Sangnier». Marc Sangnier fue el fundador del *Sillon*.

(17) La Sede Apostólica.

reglas de amor y de equidad; pero de su encuentro en un lugar superior pueden resultar, a la larga, conciliaciones que no se habrían esperado en un plano inferior. Hay que volver a preguntarse aquí si los patriotismos en presencia autorizan este acercamiento. La cuestión no es vana. Se plantea, pero no se plantearía sin el vigor y la influencia de falsos sistemas que nos han costado todavía más pérdida cerebral que no pérdidas de sangre; no es poco decir, después de la larga matanza de las guerras nacionales comenzadas en 1792 y que se agravan con el tiempo. [...] Divinizados y consagrados, supuestamente iguales e idénticos para todos los pueblos, los patriotismos querrán mostrarse cada vez más irreductibles. Se les estimará más puros cuanto más feroces se muestren [...]. Se verá agravar lo que ha visto el planeta desde la Revolución: imbuidos de los mismos derechos, los pueblos correrán tras los mismos fines, harán alarde de los mismos objetivos y, desde los mismos espejismos, se precipitarán en las mismas carnicerías. [...] La falsa religión de Europa y de América se juzga por los raudales de sangre que ha sacrificado desde hace cinco cuartos de siglo. Es ya hora de retomar alguna vía que haga volver a nuestra patria y a todas las demás al redil de la humanidad» (18).

Este redil, al modo de ver de Maurras, es el catolicismo, la única internacional que se tiene en pie. Su análisis fino y matizado está muy alejado del militantismo guerrero que equivocadamente se atribuye al maestro de Martigues.

No podemos sino felicitarnos de que un agnóstico haya dado esta prueba (y muchas más) de una convicción tan límpida, y en ningún caso se lo reprocharemos. No obstante, desde el estricto punto de vista católico, debemos tomar en cuenta el hecho de que su pensamiento deriva de un naturalismo, en su caso nada agresivo, definido por Jean Ousset como constitutivo esencialmente de «una actitud independiente [...] de la naturaleza respecto del orden sobrenatural y revelado» (19). Es ciertamente aquí donde reside lo que

(18) *Le pape, la guerre et la paix*, París, 1917, págs. 6, 8 y 10. Puede consultarse en la red: http://maurras.net/pdf/maurras_lepape-la-guerre-et-la-paix.pdf

(19) Citado por el COLECTIVO JEAN OUSSET, *L'impasse de la sécularisation*, París, Ichthus, 2016, pág. 25.

debe llamarse un problema. En efecto, no defendemos a la Iglesia exclusivamente, ni siquiera prioritariamente, porque sea una institución bienhechora, civilizadora, garante del orden natural, de la paz y de la salvaguarda de la civilización contra la barbarie. Todo eso es justo, pero incompleto. La defendemos porque fue fundada por Jesucristo, Hijo de Dios, para la salvación de las almas. Si bien una perspectiva puramente temporal de la defensa del catolicismo no equivale a una «instrumentalización» de la Iglesia, como algunos dicen equivocadamente, sin embargo se corre con ella el riesgo de conducir a un desequilibrio entre los católicos si no se sostiene sobre un sentido espiritual sólido. Si no es alimentado por el sentido del fin último, la salvación, el combate político será insuficiente aunque se le lleve a cabo con vistas a objetivos buenos y en nombre de una doctrina política justa, porque el bien común político se convierte en fin último. Nos podemos incluso preguntar si a veces ese combate puramente político no podría servir de coartada para evitar preocuparse por su propia conversión personal. Ahora bien, el mismo Charles Maurras señaló el camino que debe seguirse. Philippe Maxence recordaba recientemente las palabras del jefe de la Acción Francesa pronunciadas ante Jean Ousset: «Si es usted católico ¡no lo sea a medias!». Lo espiritual se tiende sobre la cama de campaña de lo temporal, decía Charles Péguy. Preservemos el equilibrio. No mantener bien presente el fin último del hombre y lo que implica personalmente deseca al combatiente católico. En el otro lado de la balanza, la negación de la mediación política, error doctrinal importante, conduce a una grave capitulación con desprecio del bien de las almas. Hay que abrazar convenientemente el conjunto, reunir y asociar los dos combates. Vasta tarea. Tarea ardua y atrevida para nuestro tiempo.

Sin embargo, digámoslo de nuevo, conviene dar pruebas de discernimiento en la apreciación de las bazas y los inconvenientes de cada posición, tomando en cuenta el espesor cultural y espiritual de los hombres y sobre todo de los jefes políticos. Estamos lejos de los tiempos en que paganos como Cicerón podían enunciar con claridad la jerarquía de los deberes: «Los primeros deberes se deben a los dioses

inmortales, los segundos a la patria, los terceros a los padres y después, siguiendo un orden, a todos los demás» (20). El conocimiento conveniente del lugar de cada cual y de cada cosa en la ciudad, según la justicia, se ha hecho más difícil hoy por causa del hundimiento de las referencias antropológicas elementales. El proceso revolucionario, desconocido por los antiguos, ha hecho estragos. Por ello, la existencia necesaria de «micro-cristiandades», es decir, de estructuras de auto-defensa, de «supervivencia», que permitan la protección de las familias y de su misión educativa, o que permitan a los hombres restablecerse espiritualmente, deben concebirse como bases indispensables para la acción política con vistas al bien común temporal y, subsiguientemente, al bien espiritual del mayor número.

(20) *De Officiis*, libro I, XLV.